

Homilía en los 25 años del asesinato del Padre Tiberio

Querido hermano Tiberio que ahora nos escuchas sumergido en el misterio de Dios:

Como en otras ocasiones, hoy hemos peregrinado nuevamente hacia tu sepulcro, rodeado de varios centenares de sepulcros de quienes conformaron contigo aquella comunidad humana, trujillense, campesina, de los años 80, y se identificaban contigo en los acercamientos al Evangelio, a un Evangelio vivo y urticante y no a un Evangelio inofensivo y fosilizado.

Esta necrópolis viviente en donde está incrustada tu memoria y la de tus compañeros y compañeras de martirio, nos atrae y nos subyuga. Nos ha hecho desplazar y recorrer grandes distancias, rompiendo nuestras rutinas, para venir a leer mensajes que difícilmente se expresan en palabras.

Hemos peregrinado nuevamente, como lo hicieron desde antiguo las multitudes creyentes hacia los sepulcros de los mártires, para tocar físicamente, por unos momentos, aquellos lugares en los que muchos seres humanos gritaron, con su palabra convertida en sangre, que había valores superiores a su propia vida terrenal. O como lo hicieron y lo siguen haciendo muchedumbres humanas, que peregrinan hacia aquellos sitios donde fueron destruidos millares de vidas, para condenar, con su presencia silenciosa, lo que nunca se debió tolerar.

Querido hermano Tiberio: tu ministerio se tiñó de conflicto, como el de Jesús; como el de Monseñor Romero en El Salvador, quien un día expresó con firmeza en su homilía: *“el Cristianismo es para ser fermento de actualidad y tiene que denunciar no los pecados de los tiempos de Moisés y de Egipto, ni los de los tiempos de Cristo y de Pilatos y de Herodes y del imperio romano, son los pecados de hoy, aquí en El Salvador”*. Por eso, Tiberio, tú entraste en conflicto con los que robaban a tu concreto pueblo de hermanos; con los que acaparaban sus riquezas y les arrebataban sus tierras y les impedían pensar y transformar su realidad.

Hoy, desde esta distancia de 25 años, evocamos tu fe; esa fe que no toleró la injusticia; que no silenció el crimen; que no hizo pactos con la mentira y el engaño. Esa fe que tuvo que probarse y aquilatarse en hogueras ardientes; en momentos de terror; en momentos en que había que elegir si huir o permanecer; si esconderse o enfrentar; si callarse o hablar; si acompañar o excusarse; si protestar o tolerar; si condenar o disimular; si poner la vida en riesgo o protegerla con medidas de prudencia. Tus discernimientos te condujeron al sacrificio y por eso hoy no podemos separar tu vida de la cruz.

Lo dijo hermosamente, impresionantemente, San Romero de América en una de sus impactantes homilías: *“Ustedes saben cómo los plateros prueban la autenticidad de la plata o del oro. Hay una piedra de toque; tocan contra la piedra a ver si suena y calculan sus quilates. La cruz es nuestra piedra de toque. Golpeémos en la cruz nuestra vida y miremos cómo suena: suena a cobardía, suena a miedo, suena a pensamientos de los hombres y no de Dios. La cruz es la auténtica prueba del hombre que quiere seguir a Cristo, por eso el Señor dice: el que quiera venir en pos de mí, tome su cruz”* (Homilía del 3 de septiembre de 1978).

Qué fácil es mirar tus opciones desde la distancia de varias décadas. Pero en momentos como éste, evocamos tus sudores y tus angustias, tus dudas y tus momentos de perplejidad y de búsqueda de luz; tus noches de insomnio y de escalofrío, de soledad y de incertidumbre, cuando el terror y la angustia de muchos otros fijaba sus restos de confianza en tus palabras balbucientes atravesadas también por el miedo.

Evocamos los momentos cruciales: las veces en que tu pie hundía con angustia el acelerador del campero para escapar a la persecución de los victimarios que te cercaban en las ceremonias de las veredas. Los diálogos decisivos con tu Obispo quien te invitaba a salvar tu vida alejándote de la región y del país, a quien respondiste que no eras capaz de abandonar a las ovejas cuando llegaba el lobo a devorarlas.

Evocamos el funeral de Don Abundio, a quien asesinaron para poderte atrapar en el regreso de sus exequias; momentos en que seguramente te viste atrapado por el tropel de fieras que te cerraba definitivamente el cerco de la muerte.

Evocamos los momentos de la tortura, derroche de sevicia y de morbosidad que superaba todos los excesos de la perversión. Allí tu vida fue golpeada violentamente contra la cruz y su sonido reveló los quilates más finos del testimonio que remite a las dimensiones más preciosas y profundas del sentido del vivir.

Evocamos tu acompañamiento solidario a muchas de estas víctimas que hoy pueblan contigo esta colina martirial. Muchos de esos cadáveres ensangrentados recibieron tus bendiciones funerarias y la proclamación de la Palabra de la Vida sobre sus despojos destrozados, Palabra que desvanecía los fantasmas terroríficos de cada asesinato saturado de sevicia y de crueldad.

Evocamos tus innumerables reuniones en que soñabas, junto con tu pueblo campesino y desprotegido, en la superación de la marginalidad y la injusticia; sueños que se fueron concretando en las empresas comunitarias, en las marchas de protesta, en las redes solidarias de los pobres que se atrevían a anunciar una sociedad menos inhumana. Evocamos tus amistades con los inconformes y los soñadores que creyeron posible vencer y transformar los poderes corruptos que han dominado esta patria destrozada.

Al rodear nuevamente tu sarcófago queremos penetrar en las honduras de tu testimonio donde toda palabra se desvanece y cede el campo a los lenguajes inefables.

Háblale a los peregrinos desde tus mensajes cifrados que penetran en las articulaciones movedizas donde la vida y la muerte se confrontan y construyen las más inesperadas e interpelantes expresiones del sentir.

Sigue desvaneciendo, desde tu testimonio contundente, las falsas legitimaciones en que se apoyan un Estado criminal y un Establecimiento perverso que siguen devorando a los que no tienen poder.

Sigue proclamando, desde la vida nueva de tu resurrección, que sólo el amor comprometido da acceso, en medio de las tragedias de nuestro vivir, a la energía amorosa que conduce nuestro universo hacia su plenitud.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

Trujillo, Valle, junio 13 de 2015